

ARMENTEIRA

Parroquia perteneciente al Municipio de Meis, diócesis de Santiago de Compostela, ubicada en el afamado Valle del Salnés y en la ladera occidental del Monte Castrove, que sirve de separación a las rías de Pontevedra y Arousa. Se accede a ella, fundamentalmente, por dos vías: desde la capital de la provincia, de la que dista alrededor de 20 km, por la carretera comarcal 550 hasta Samieira, tomando entonces una vía a la derecha, bien señalizada, que, tras otros 10 km y dos cruces siempre perfectamente indicados, conduce hasta el lugar. La otra opción de acceso, sea cual fuere el punto de partida, implica tener como referencia la autopista del Salnés y, en ella, la variante que conduce a Ribadumia y Cambados. Desde el nudo en el que se produce esta desviación, bien marcado como los precedentes, se toma la carretera que, tras 4 km de ascensión y en dirección al citado Monte Castrove, en cuya cima se halla ahora un Campo de golf, nos lleva hasta el núcleo de Armenteira.

Monasterio de Santa María

ES UNO DE LOS CENTROS MONÁSTICOS más afamados de Galicia, hecho que resulta llamativo por no haber sido de los más poderosos ni ofrecer, por ello, un grandioso conjunto monumental. La belleza del paraje en que se ubica, determinados episodios de su densa historia, la singularidad de su iglesia o el predicamento de que goza su titular, la Virgen de las Cabezas –referente de una multitudinaria romería que se celebra el lunes de Pascua– están, sin duda, en la raíz de ese incuestionable prestigio.

Los orígenes de Armenteira, como acontece con tanta frecuencia en nuestra historia monástica, son poco claros. En ellos, como sucede también en otras muchas ocasiones, se mezclan datos históricos y legendarios, éstos, para el caso que nos ocupa, suministrados en buena medida por Fray Basilio Duarte, archivero y prior del monasterio, autor en 1624 de una, por muchos motivos, valiosa historia del mismo. Este relato, para bien y para mal, es la fuente en la que han bebido la mayor parte de los estudiosos que en las últimas décadas se han ocupado del cenobio.

¿Cuándo nace Armenteira como núcleo monástico? La primera referencia documental, hoy conocida, que nos habla de su existencia procede de 1151. En este año, el 6 de marzo, Diego Ovéquiz hace donación al abad Ero y a los monjes que con él vivían, *sub regula Sancti Benedicti*, de una heredad en la villa de Gondes. Esta referencia, pues, nos da un *terminus ante quem* para la fundación del monasterio, un arranque que pudo haberse producido o poco tiempo antes de esta mención (Armenteira sería, así, uno más de los cenobios que nacen como consecuencia de

la renovación que en el noroeste peninsular se produce, marcada ya por el impacto cisterciense, a partir de los años veinte-treinta de la duodécima centuria) o muchos años atrás. Avalaría esta última suposición la aparición, en marzo de 1975 y en el transcurso de unos trabajos de des-tierro efectuados en el exterior de la cabecera de la iglesia, de una lauda perteneciente al tipo denominado de "estola", hecho que permite conjeturar que el origen último del monasterio, aunque no poseamos testimonios escritos de su existencia por entonces, podría remontarse a tiempos altomedievales, pues, aunque la datación precisa de este tipo de obras es discutida, no se cuestiona, en cambio, su adscripción genérica a momentos anteriores al románico.

Con posterioridad a la primera mención documental referida y siguiendo un proceso idéntico al que encontramos en otras abadías, tanto gallegas como de otras latitudes, la comunidad asentada en Armenteira se incorporó a la Orden del Císter. ¿Cuándo se produjo este cambio? No tenemos referencias seguras. Viene datándose el hecho, a partir de la información proporcionada por Fray Ángel Manrique, basada en las muy controvertidas *Tablas de Cîteaux*, en el año 1162, un año que, sin poder garantizarlo plenamente, hay que considerar como verosímil, pues en 1167, como se dirá, comenzaron las obras de la iglesia abacial y en ella se acusan ya desde el arranque, con pasmosa claridad, los austeros ideales de la edilicia cisterciense, lo que permite afirmar que en ese año el monasterio ya estaba integrado en tan afamado Instituto. Hasta 1190 y merced a una definición de su Capítulo General que recoge una

sanción a su abad, en todo caso, no tendremos constancia documental de la pertenencia del monasterio a la Orden.

Armenteira, pues, a tenor de lo indicado, no fue una fundación cisterciense, una abadía nacida *ex nibilo*, sino una afiliación, recibiendo la reforma, tal como refrenda la definición citada de 1190 del Capítulo General, de Clairvaux, el monasterio puesto en marcha en 1115 por San Bernardo y que fue el gran dominador en el proceso colonizador de Galicia por parte de la Orden. El recuerdo de los monjes ultrapirenaicos que introdujeron a los de Armenteira, con Ero a la cabeza como abad, en los nuevos usos y costumbres se rastrea con claridad, pese a los errores de su cronología, en la que se evidencia el deseo de vincular el hecho a San Bernardo, prestigiando los orígenes de la Casa, en el relato, ya invocado, de Fray Basilio Duarte.

No hubo en Armenteira nunca, como con reiteración se afirma, un monasterio dúplice ni dos comunidades

independientes, una masculina y otra femenina. Nace el equívoco, de un lado, del relato legendario que sobre los orígenes del cenobio y su primer abad, Ero, ofrece Fray Basilio Duarte, responsable en última instancia de que se haya considerado como una misma persona a este religioso y a Ero Armentáriz, el personaje que suscribe documentos ya en tiempos de Alfonso VI († 1109), y, de otro, en la incorrecta interpretación de un documento del 15 de octubre de 1166, una donación de Aragonta Froilaz, en el que se alude, en clave de futuro, a los *fratribus tuis vel sororibus qui vita sancta perseveraverint Monasterio Sanctae Mariae de Armenteira*, mención que llevó a pensar equivocadamente que, en efecto, había en Armenteira dos comunidades por entonces, hecho que en última instancia, si estuvieran suficientemente alejadas la una de la otra, no sería contrario a la normativa cisterciense. Nótese en todo caso, además del tiempo verbal, que en el documento se utiliza la con-

Vista del conjunto



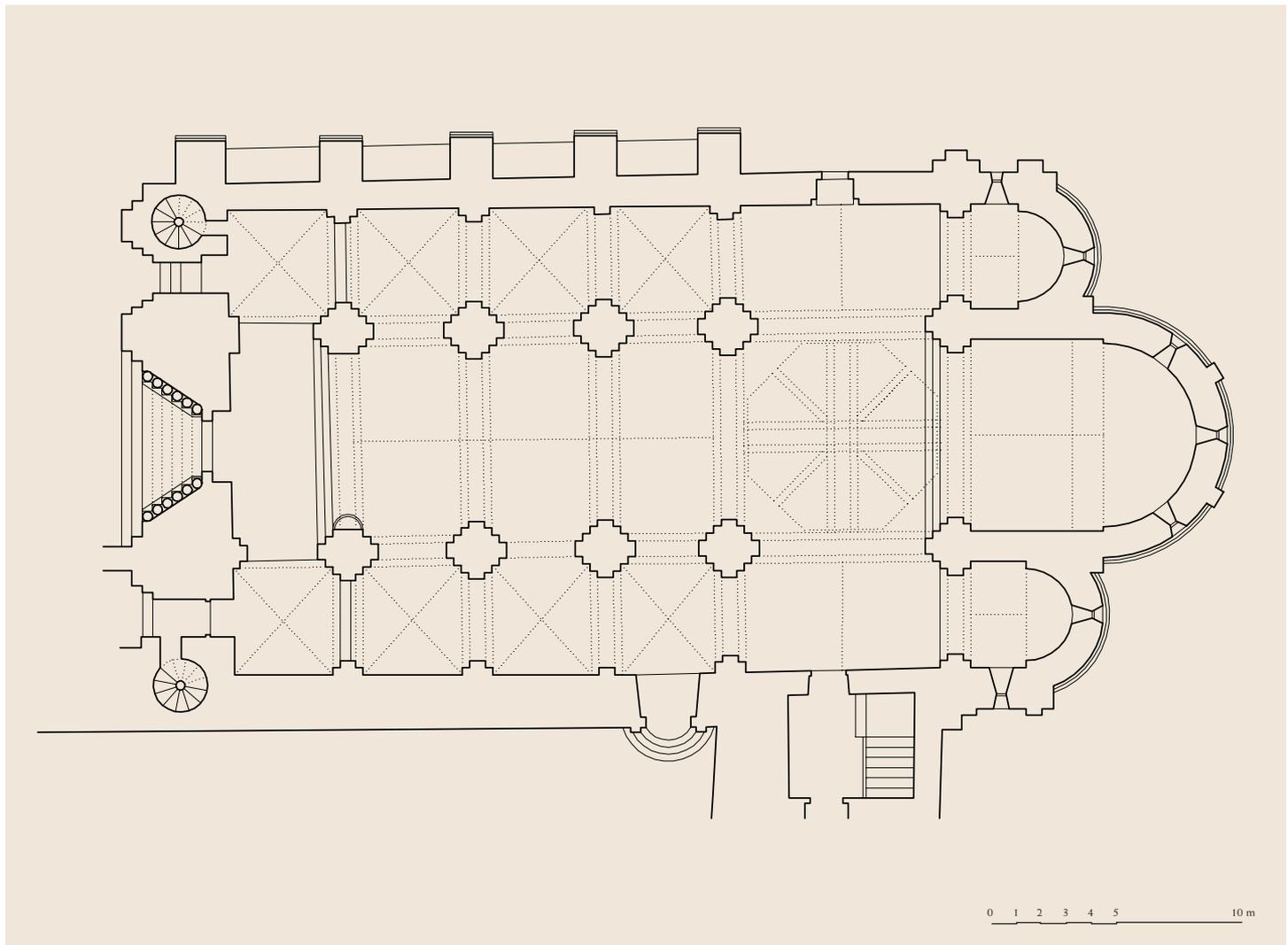
junción disyuntiva *vel*, no la copulativa *et*, lo que ratifica la interpretación que propongo.

No cabe entrar a considerar aquí con detalle, en relación con Ero, la leyenda, el sueño de doscientos años, de la que es protagonista, pues, pese a que los orígenes del relato se sitúan en la Edad Media (lo recoge con carácter genérico, no personalizado, ampliando el tiempo del "éxtasis" a trescientos años, Alfonso X en la Cantiga CIII, magistralmente analizada en su día por J. Filgueira Valverde), su relación con nuestro personaje no se documenta hasta el siglo XVI, siendo responsable de la transmisión, según todos los indicios, Fray Malaquías de Aso, abad de la Casa entre 1578 y 1580.

La vida del monasterio de Armenteira, una vez superado el que, en sentido amplio, podemos denominar período fundacional, consolidado, pues, como núcleo de vida religiosa, no fue muy distinta de la de otros centros de

naturaleza similar. Recibió donaciones de reyes y particulares que lo hicieron dueño de un importante patrimonio. Conoció también los efectos de la crisis bajomedieval, no viéndose libre tampoco de la gestión de los abades comendatarios. El último, Fray Gonzalo de Saavedra, renunció al cargo a finales del año 1523, retrasándose hasta 1536 el otorgamiento de la Bula de anexión de la Casa a la Congregación de Castilla. La incorporación a este Organismo, clave en la evolución general de la Orden, no sólo en lo que atañe al solar hispano, supuso para Armenteira, como para todos los demás monasterios hermanos, el comienzo de una etapa de prosperidad que repercutió también, como es lógico, en la renovación de las diversas dependencias comunitarias, muy deterioradas por el paso del tiempo. A la Congregación perteneció hasta 1835, año en el que, como consecuencia de la Desamortización, los monjes abandonaron la Casa. Ésta, desde 1989, vuelve a estar

Planta



poblada. Cuenta con una activa comunidad cisterciense femenina procedente del monasterio de Alloz, en Navarra.

IGLESIA

El templo abacial de Armenteira no es de grandes dimensiones. Está orientado litúrgicamente. Presenta planta basilical, con tres naves de cuatro tramos, la central más ancha –aproximadamente el doble– que las laterales, en el cuerpo longitudinal. El crucero, de una sola nave, no sobresale, pero se acusa a la perfección por ser el tramo de mayores dimensiones que los de las naves. Consta de tres parcelas, una central y dos laterales, una por cada brazo. La cabecera, escalonada, exhibe tres ábsides semicirculares, el central destacado, todos precedidos de tramo recto presbiterial.

Nos ofrece la iglesia de Armenteira un modelo de cabecera utilizado por la Orden del Císter con relativa asiduidad por toda Europa, no con tanta frecuencia, en cualquier caso, como la ahora denominada planta bernarda, la cisterciense por antonomasia. El tipo, en esencia, es uno de los más habitualmente empleados por la arquitectura románica. Su uso, por parte de los monjes blancos, hay que entenderlo como resultado de la persistencia de fórmulas anteriores al desarrollo de su peculiar actividad constructiva, fuertemente implantadas y arraigadas, lo que en muchas ocasiones, al no contravenir su adopción las normas habituales de su funcionamiento, dificultaba o no hacía imprescindible su sustitución por nuevas soluciones.

Frente a la planta, cuyo esquema no muestra rasgo alguno en el que se evidencie su filiación cisterciense, el interior de Armenteira se ofrece como un genuino testimonio de lo que cabe denominar la arquitectura específica de la Orden, con un sentido de la austeridad y de la simplicidad muy marcado, con un gusto tan acusado por la supresión de la ornamentación como pocas veces se alcanzó en sus empresas, efecto reforzado hoy en la que nos ocupa al ser visible, sin enlucidos que lo oculten, el paramento de sillería granítica de gran regularidad, cuidadosamente asentado, con el que está construida.

La nave central, más ancha, casi el doble, y más alta que las laterales, se cubre con bóveda de cañón apuntado, sostenida por arcos fajones de la misma directriz, doblados y de sección prismática ambos. Se apoyan en pilastras embebidas en el núcleo del pilar, salvo el último, el más próximo a la fachada, que lo hace sobre un saliente del muro. La separación entre los arcos y sus soportes se realiza por medio de una imposta lisa con perfil de nacela. Se prolonga por encima de los arcos formeros, sirviendo para

señalar el arranque de la citada bóveda. Sobre ella, en el primer tramo a partir del crucero, se abren dos pequeñas ventanas con derrame interno, una por lado, las cuales penetran en toda su longitud en el arranque de la bóveda provocando lunetos. Estas ventanas, rematadas por arco de medio punto de aristas vivas, se encuentran cegadas actualmente por estar cobijadas las tres naves de la iglesia, frente a la individualización de sus cubiertas en origen, por un tejado único a doble vertiente.

Los arcos formeros son también apuntados, doblados y de sección prismática lisa. Se apean los menores, como los fajones, sobre pilastras embebidas en el núcleo del pilar, haciéndolo las dobladuras sobre ese mismo núcleo del soporte, mediando siempre entre elemento sustentado y sustentante una imposta de perfil igual al ya descrito.

Los pilares compuestos poseen sección cruciforme, muy marcada, pues, al prescindirse de columnas para apeo de los arcos y sustituirlas por pilastras, los cuatro grupos de arcos que descansan en cada soporte contribuyen a reforzar la configuración cruciforme que ya posee su núcleo. Se asientan sobre basamentos también en forma de cruz y de aristas vivas, no siempre visibles por completo debido a las modificaciones de nivel que, con respecto al original, experimentó el pavimento del templo a lo largo del tiempo.

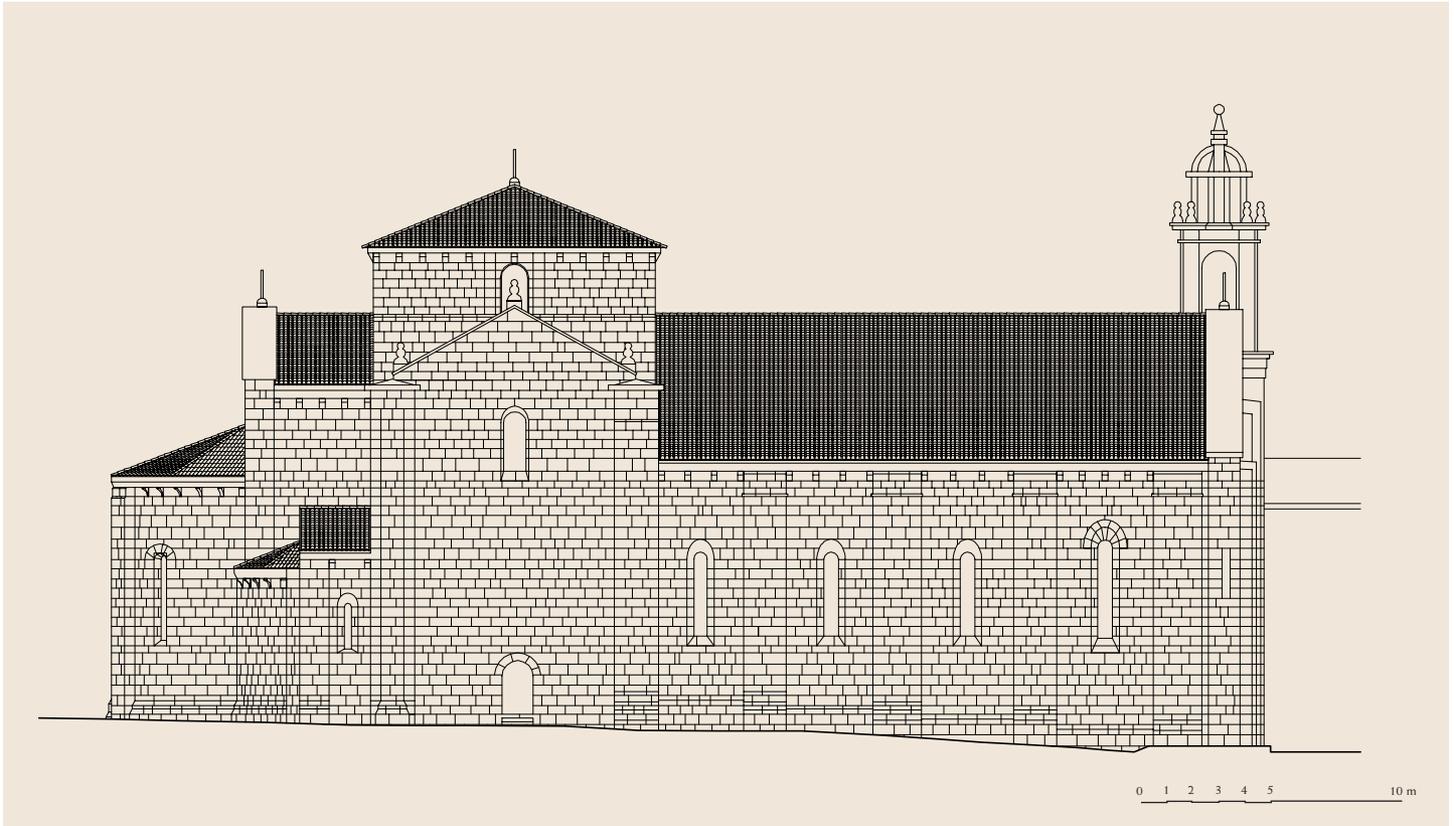
Dos inscripciones se conservan en los pilares de las naves. La primera se encuentra en el segundo pilar compuesto del lado norte, en la cara frontal de la pilastra que soporta el segundo arco formero. Dice, desarrollando las abreviaturas, lo siguiente:

CONFRATR(um)
HIC ARCUS

El segundo epígrafe, hoy incluso de apreciación muy difícil (es imprescindible, para leerlo, contar con ayuda de la copia que de él hizo a principios del pasado siglo Enrique Campo), se sitúa en el último pilar del lado sur, en el frente de la pilastra sobre la que voltea el último arco formero. Desarrollando las abreviaturas, su texto sería éste:

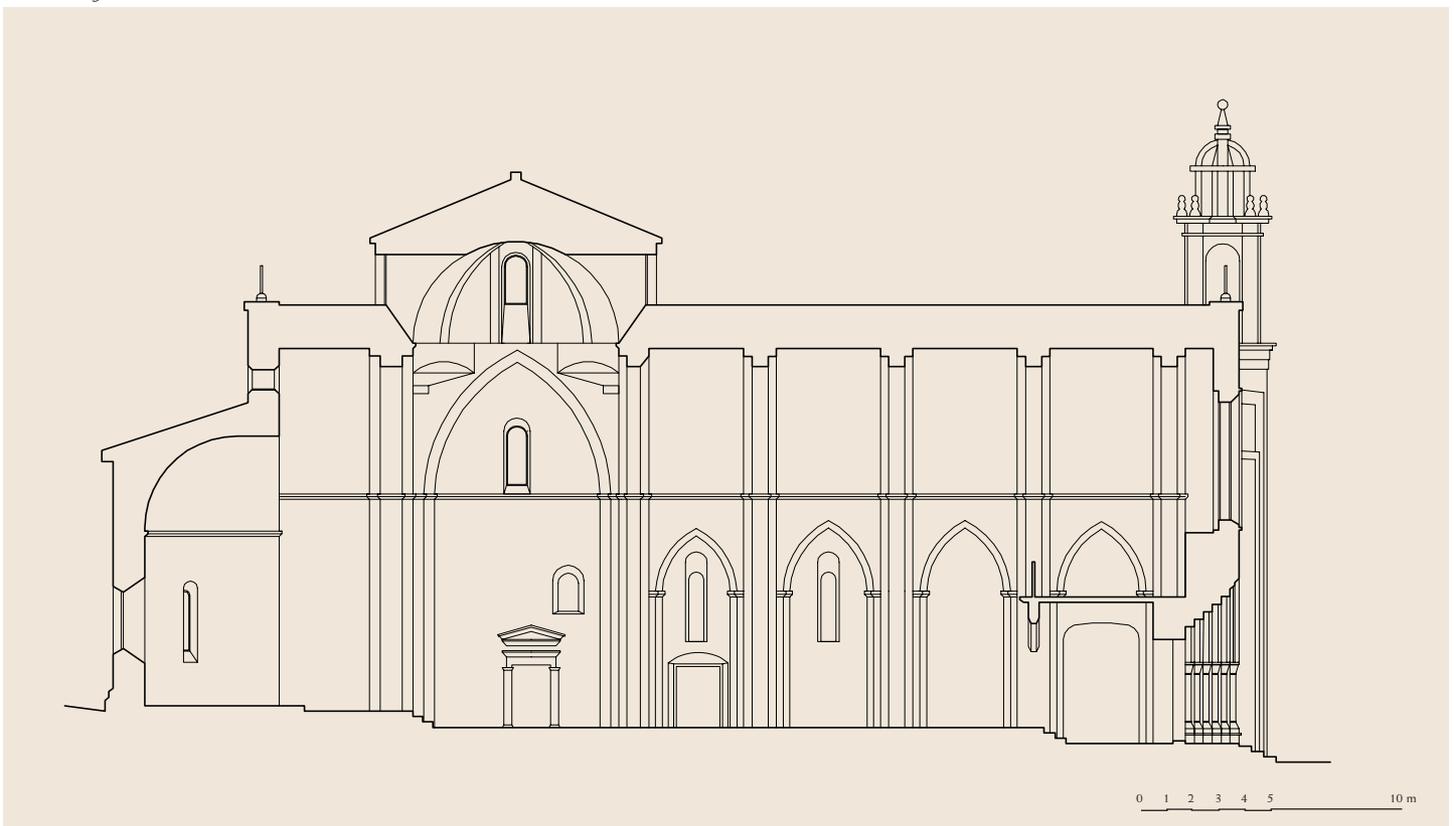
ARCUS ISTE
CONFRA(t)R(um) S(anctae) M(ariae)
DE LANCADA

Por los caracteres de las letras, cabe fechar las dos inscripciones, a las que no aluden ni Fray Basilio Duarte ni Fray Bernardo de Santa Cruz, autor de un Tumbo de gran utilidad para conocer la historia del monasterio, hacia la época de construcción del templo. Su finalidad última, sin embargo, se nos escapa por completo.



Alzado norte

Sección longitudinal

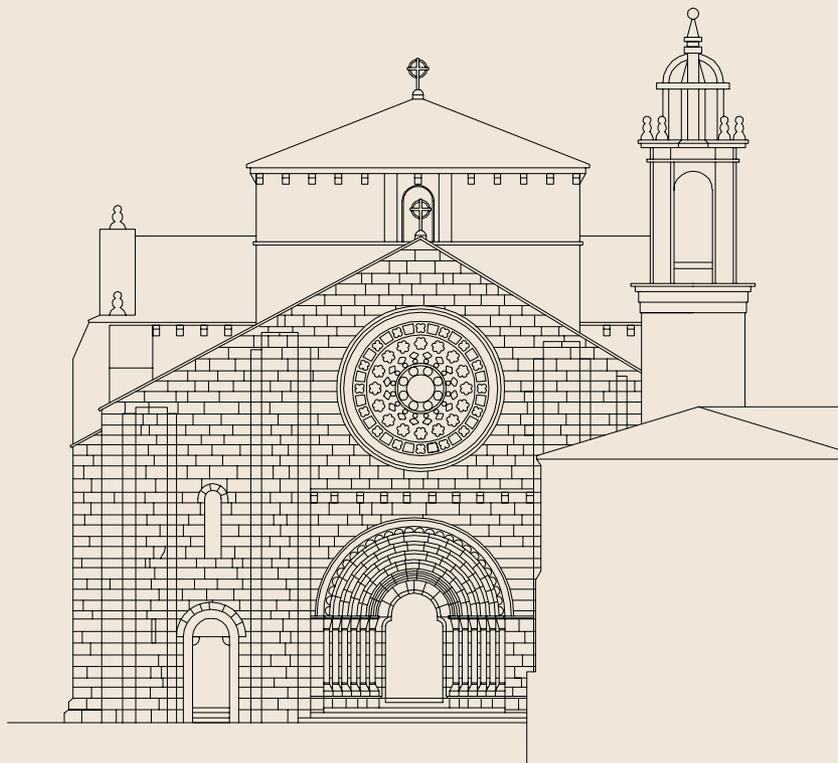




0 1 2 3 4 5 10 m

Alzado este

Alzado oeste



0 1 2 3 4 5 10 m

La organización que presentan los tramos de la nave central se rompe al llegar al último pilar compuesto. En él, frente a lo que sucedía en los soportes anteriores, las pilastras sobre las que voltea el arco fajón no llegan hasta el suelo. Se interrumpen a cierta altura. Ofrecían en esa terminación, como puede apreciarse en parte en el lado norte, ya no en el sur, una ménsula de rollos lisos, constituida por varios cilindros horizontales dispuestos escalonadamente. La misma solución se adoptó para la responsión, empotrada en la parte posterior de la fachada oeste, sobre la cual se apoya el arco menor del último fornero del frente septentrional. No acontece lo mismo en la responsión del costado opuesto. Aquí las dos pilastras que lo conforman llegan hasta el suelo.

Una segunda variante con respecto a los precedentes se acusa también en los dos últimos pilares compuestos: alguna de las impostas que exhiben presenta decoración. El complemento, de gran simplicidad (bandas horizontales superpuestas, óvalos tangentes, rombos, etc.), tiene un indudable valor por romper con la lisura que caracterizaba a esas molduras en las parcelas anteriores del edificio.

Las naves laterales se cubren con bóveda de arista, con arcos fajones apuntados y doblados, de perfil rectangular, ambos aristados y lisos, sostenidos, de un lado, por el núcleo del pilar y una pilastra y, del otro, por la característica responsión, en este caso pilastras dobles, para el arco y su dobladura, empotradas en los muros exteriores del edificio. Una sencilla imposta de nacela lisa separa en todos los casos a los arcos de sus soportes.

Una diferencia con respecto a los demás se evidencia, contando a partir del crucero, en el segundo fajón de las dos naves. Este arco es apuntado, pero está doblado de manera diferente: la dobladura sólo se desarrolló en un lado, el correspondiente al segundo tramo, destacando muy poco. En el otro costado, el oriental, ya ni se aprecia. Esta organización explica por qué la responsión que recibe al arco es simple, no doble, resolviéndose el problema derivado de la presencia de la dobladura en un lado haciendo que ésta penetre directamente en el muro.

Las naves laterales reciben iluminación directa por medio de ventanas. Son largas y estrechas, de alturas no uniformes (crecen, para compensar el desnivel, a medida que se avanza hacia el Oeste), se abre una por tramo y poseen doble derrame, cobijándolas un arco de medio punto liso, sin resaltes ni molduración, apeado directamente sobre las jambas, también aristadas.

Las ventanas de la nave norte se conservan todas prácticamente intactas. No sucede lo mismo en el lado meridional, donde las dos primeras en dirección oeste, como consecuencia de la construcción del claustro, están

tapiadas, desapareció la tercera al ejecutarse la puerta de acceso al coro alto desde el piso superior de esa misma dependencia y se alteró en parte, por idéntico motivo, la del último tramo.

En esta misma nave sur, en el tramo inmediato al crucero, se halla la puerta utilizada por los monjes para acceder al claustro. Es del siglo XVII. Vino a sustituir a otra, coetánea del templo, de la que quedan todavía restos significativos: la jamba izquierda y las dovelas del arco hasta la clave. Su análisis revela que se organizaba exactamente igual que las demás puertas existentes en el interior del templo, incluidas las tres que, en el costado occidental, comunican con el exterior: cierre con arco de medio punto simple, de sección prismática, volteado, sin mediar separación alguna, sobre las jambas, también con arista viva.

El crucero, como ya se dijo, no sobresale en planta de las naves longitudinales. Su presencia, por el contrario, se impone con absoluta nitidez en alzado. Consta de tres tramos, uno central y dos laterales, uno por cada brazo. Se cubren éstos con bóveda de cañón apuntado, de eje perpendicular al de la nave principal. En sus arranques, tanto al Este como al Oeste y lo mismo en el costado norte que en el sur, se abren ventanas, una en cada caso. Reiteran las características que ofrecen las situadas en el primer tramo de la nave principal.

En el hastial norte del crucero, en la parte inferior, se dispone la puerta de los muertos, así denominada por ser la que servía para acceder al cementerio, ubicado siempre en el flanco de la iglesia opuesto a las dependencias comunitarias y en las inmediaciones de la cabecera. Salvo que presenta una doble arquivolta, nada ofrece de novedoso con respecto a las otras puertas existentes en el edificio. Lo mismo acontece con la ventana, de doble derrame, que centra la parte alta del muro. Otra, idéntica, se sitúa en el hastial frontero, en cuya zona inferior se halla la puerta de comunicación con la sacristía, obra del tramo final del siglo XVIII, sustituta de la que, desde el inicio de las obras del templo, cumplió idéntica función. Algo más arriba y hacia el Oeste persiste, en cambio, la puerta de maitines, empleada por los monjes para desplazarse a la abacial desde el dormitorio comunitario, emplazado sobre las dependencias situadas en el costado este del recinto claustral. Nada exhibe de novedoso su configuración, con arco de medio punto de sección prismática y liso, hacia el interior del templo. Por el otro frente, hacia la parcela en la que se hallaba el dormitorio, muestra un dintel pentagonal apoyado en simples mochetas con perfil de nacela sin ornato.

El tramo central del crucero está perfectamente delimitado por los arcos torales, doblados y apuntados, de características idénticas a las de los restantes arcos

de la iglesia. Se cubre con una interesantísima cúpula, ligeramente esquinada, que arranca de trompas en cuyos remates se sitúan una especie de botones enmarcados por lo que parece ser un motivo vegetal estilizado. Permiten las trompas el paso del cuadrado del tramo al octógono que constituye la base sobre la que voltea la cúpula, cuyo arranque señala una sencilla imposta lisa.

La composición de la cúpula es muy vistosa. De los lados que se corresponden con los arcos torales inferiores, los mayores, arrancan dos nervios resaltados, de sección prismática, lisos y sin molduración, paralelos entre sí y paralelos, a su vez, a los lados de donde surgen los otros dos nervios. Éstos y aquéllos se cruzan perpendicularmente entre sí, delimitando en el centro de la cúpula, al no existir un punto de convergencia único, un pequeño cuadrado. Las confluencias entre los nervios, sin penetraciones ni claves comunes, se resuelven con escasa maestría.

Además de los referidos, otros nervios resaltados, uno solo por cada ámbito en este caso, parten de los lados diagonales, los menores, uniendo la zona situada sobre la clave de las trompas con el lugar en el que se cruzan perpendicularmente los nervios paralelos, insertándose en punta entre ellos.

En el arranque de la cúpula y en el espacio que delimitan los dos nervios paralelos se abren pequeñas ventanas, una en cada parcela, de doble derrame y con arco semicircular liso apeado directamente sobre las jambas, también aristadas.

Esta cúpula, de estructura única, completamente aislada en Galicia, se incluye, por sus características, en una tradición que parte de las cúpulas levantadas en la Mezquita de Córdoba durante las obras de ampliación llevadas a cabo por el Califa Alhaquem II entre los años 961 y 968. Los paralelos más cercanos, sin embargo, no los encontramos en la arquitectura califal, sino en la edificación almohade, pues los nervios arrancan aislados y no por parejas, como sucede en las cúpulas construidas en la Mezquita de Córdoba o en aquellas otras que derivan inmediatamente de éstas, o, en segundo lugar, en obras mudéjares relacionadas a su vez con la arquitectura almohade. Como paralelos podemos citar, entre las empresas del primer grupo, la cúpula de la Capilla de la Asunción, emplazada en las inmediaciones del claustro denominado de Las Claustrillas, en el monasterio cisterciense burgalés de Las Huelgas, y, entre las del segundo grupo, las de las iglesias segovianas de San Millán y la Vera Cruz, así como la de la Capilla de Talavera, en la Catedral Vieja de Salamanca. Cabría invocar también, como testimonios próximos, las cúpulas de las iglesias de San Miguel de Almazán, en Soria, Torres del Río, en Navarra, o las francesas de

L'Hôpital Saint-Blaise y Sainte-Croix d'Oloron. Si prescindimos del ejemplo burgalés por las discusiones, imposibles de comentar aquí, que en la actualidad genera la fijación de su precisa cronología, todos los demás, en general, vienen datándose en torno al año 1200, referencia que, como se verá, resulta particularmente apropiada para la estructura levantada en Armenteira, de inequívoca progenie mudéjar. Las circunstancias que explican su exótica presencia aquí serán comentadas más abajo.

La cabecera de la iglesia presenta una estructura con tres ábsides escalonados, de planta semicircular, el central muy destacado, todos precedidos por un tramo recto ligeramente más ancho, marcándose el paso de uno a otro por medio de un simple codillo de aristas vivas. Este tramo recto se cubre, en las tres capillas, con bóveda de cañón apuntado. Los hemiciclos absidales, más bajos, lo hacen con otra de cascarón.

El ingreso en los tres ábsides se hace a través de arcos triunfales apuntados y doblados, los dos de sección prismática lisa. Voltean ambos sobre pilastras de características idénticas a las que ofrecen las que se hallan en las naves. En los tres casos las impostas de separación, lisas las de los ábsides laterales, con bandas superpuestas, dos o tres, según el costado, en el central, se prolongan por el tramo recto y, en los extremos, también por el semicircular, marcando el arranque de las bóvedas que cubren cada una de las parcelas. Otra imposta, más baja que las precedentes, cumple idéntica misión en el tramo curvo de la capilla central.

En las pilastras que soportan el arco menor de ingreso en el ábside principal se encuentran dos epígrafes de capital significación por ofrecernos la fecha de comienzo de los trabajos del templo y el nombre del abad bajo cuyo mandato esa tarea se puso en marcha.

La inscripción situada en el lado norte, escrita en el frente de la pilastra y en su costado este, dice, desarrolladas sus abreviaturas, así:

FUNDATA EST ECC(les)IA
ERA MCCV Q(uo)T(um) / XVI K(alendas) IULI

La ubicada en el lado opuesto, circunscrita en este caso únicamente al frente de la pilastra, indica, desarrolladas asimismo las abreviaturas, lo siguiente:

ABBAS DOMNUS ERU[s]
FEC(i)T M(e)M(o)R(i)A S(anctae) M(a)RIA(e)

De acuerdo con estos dos epígrafes, pues, el arranque de las obras de la iglesia de Armenteira, siendo abad de



Interior



Nave lateral

la Casa Ero, documentado ya en el cargo, según tuvimos oportunidad de comentar más arriba, en 1151, se llevó a cabo el 16 de junio del año 1167.

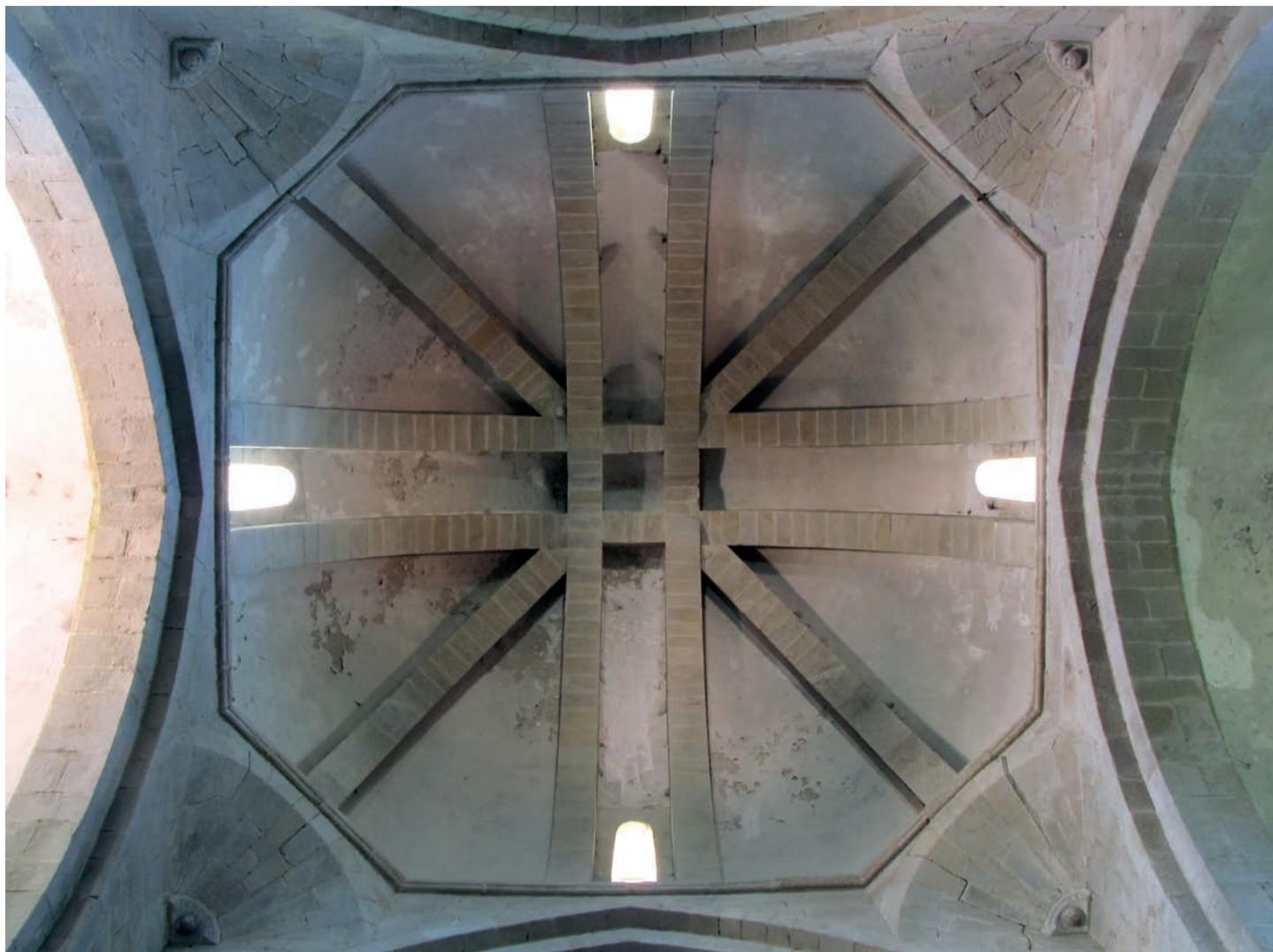
En los tres ábsides el tránsito del tramo recto al semicircular, éste algo más estrecho, se acusa por medio de un sencillo codillo de aristas vivas. Sobre él voltea un arco, semicircular en los ábsides extremos, carpanel en el central, que marca el inicio de la bóveda de horno que remata la parcela curva. Sobre esos arcos, aprovechando la diferencia de altura de las bóvedas que cubren los dos tramos, se disponen, en los costados, una minúscula ventana con arco de medio punto y un óculo también de escasa entidad, situándose en la capilla mayor, más desenvuelto, un pequeño rosetón de cuidado y efectista diseño.

En el tramo semicircular del ábside central se abren tres largas ventanas, de indudable esbeltez. Rematadas por arco de medio punto y con doble derrame, repiten los rasgos que ofrecen las ubicadas en el crucero y las naves. Lo mismo sucede con las emplazadas en las capillas laterales, dos en cada caso, una situada en el ramo recto y otra en el curvo.

Los tres ábsides poseen sus respectivas credencias, emplazadas, como es habitual, en el lado sur, en el arranque de sus respectivos hemisiclos. Destaca, por su mayor vistosidad, la de la capilla central, en su conformación actual fruto de una intervención posterior, seguramente muy temprana, a la de la fábrica de arranque.

Pese a que hoy no se encuentran los restos *in situ*, sí, en cambio, en el recinto monástico (en la iglesia en un caso y en las dependencias complementarias en otro), vale la pena reseñar, por su indudable valor testimonial, que conservamos un fragmento de ara (17 cm de altura) y dos soportes que, por su altura (75 cm) y características (se componen de dos columnillas unidas, talladas en un mismo bloque, con fustes lisos, montadas sobre un sencillo basamento paralelepípedo, de aristas achaflanadas, y capiteles de tipo vegetal, con hojas estilizadas de escaso resalte), debieron de pertenecer a uno de los altares (poco importa si se trataba del mismo o de dos diferentes) iniciales de la iglesia que analizamos.

El exterior de Armenteira, de marcada horizontalidad pese al cimborrio situado en el tramo central del crucero,



Bóveda del crucero

se impone por el sentido claro y neto de sus diversos componentes, sabiamente articulados, siempre compactos. Destaca también, en una primera visión, la perfección en el corte de los sillares, dispuestos en hiladas muy regulares.

La cabecera resalta por la pulcra organización de sus volúmenes, magníficamente agrupados y escalonados, reforzados en su impacto por la lisura y desnudez de los paramentos, desprovistos de elementos decorativos.

Los tres ábsides se alzan sobre un doble retallo escalonado. El central, destacado, divide su hemiciclo en tres espacios por medio de dos contrafuertes prismáticos, de escaso resalte y remate escalonado, que llegan hasta la cornisa, de perfil achaflanado, liso, montada además sobre canecillos cortados en nacela, también sin ornato alguno. En cada una de las parcelas se practica una ventana, idéntica en todos sus rasgos a los que ofrecían por el otro frente. El tramo recto, más elevado que el semicircular, muestra

sendos estribos, prismáticos y de saliente poco pronunciado, en sus flancos norte y sur. A partir de ellos se proyecta el arranque del hemiciclo, ubicándose en el muro que salva el desnivel entre las dos zonas el pequeño rosetón ya señalado al analizar el interior del edificio.

Los ábsides laterales, de menor envergadura que el central, reiteran en lo esencial, sin embargo, su misma conformación. Se diferencian de él por la ausencia de contrafuertes en el hemiciclo, lo que hace más evidente todavía la austera rotundidad de sus formas.

Tras la cabecera se sitúa el crucero, perfectamente marcado en alzado, culminando el escalonamiento de volúmenes en el tramo central, el punto más elevado de la iglesia medieval, el cual se acusa exteriormente por medio de un cimborrio cuadrangular, discretamente destacado, que se corresponde con la cúpula del interior. Se cubre este cuerpo, rematado por una cornisa con perfil de nacela



Fachada occidental

lisa apoyada en contrafuertes de poco saliente y canchillos también cortados en nacela y sin decoración, con un tejado piramidal a cuatro vertientes, solución que será la adoptada la mayor parte de las veces en la arquitectura gallega. Una pequeña cruz, de brazos ensanchados y núcleo circular, corona el conjunto.

Los brazos del crucero, cubiertos por un tejado a doble vertiente, no ofrecen nada de particular. Si algo destaca en ellos, en todo caso, es la simplicidad, particularmente impactante en el hastial norte, flanqueado por dos sólidos contrafuertes, doble el oriental, simple, pero de mayor grosor, con triple retallo escalonado en su arranque y doble en el remate, el occidental. Entre ellos, en la parte

baja del muro, se dispone la puerta de los muertos, cerrada por este lado mediante un sencillo dintel monolítico apoyado en mochetas de nacela sin ornato alguno. Sobre la puerta, centrando el cuerpo alto del paramento, se sitúa una ventana que nada tiene de novedoso.

Del cuerpo longitudinal de la iglesia es visible el flanco septentrional, permaneciendo oculto el sur por el claustro, adosado a ese lado del edificio. Aquél, en el que se aprecia a la perfección el desnivel del terreno sobre el que se asienta el templo, está surcado por cuatro contrafuertes muy gruesos, uno ubicado en el extremo este, los otros en los lugares en los que se emplazan los arcos fajones. Todos, unidos entre sí, en la parte inferior, por la

cimentación, se alzan sobre un triple retallo escalonado y llegan hasta la altura de la cornisa. Sólo el primero, el más próximo al crucero, presenta un marcado escalonamiento en su zona superior.

En cada uno de los tramos delimitados por los contrafuertes se encuentra una ventana larga y estrecha. Repite la configuración comentada al describir el interior. Como aquí, su longitud va aumentando poco a poco a medida que progresamos en dirección oeste.

Las tres naves se cubren en la actualidad con un tejado común a doble vertiente. Como ya se anticipó al analizar el interior, no responde esta ordenación a las previsiones iniciales. Dos datos, además del ya valorado precedentemente, lo ratifican ahora: el que las ventanas abiertas en el lado de poniente de los brazos del crucero queden en gran parte tapadas por el tejado y el que, bajo éste, se pueda apreciar el muro de la nave central, jalonado por contrafuertes prismáticos, con la cornisa con perfil de nacela lisa montada sobre canchillos cortados de la misma manera, idénticos a los existentes en el resto del templo. Esta organización completa, si los otros argumentos no bastasen, confirma que en un principio el remate de los muros laterales de la nave central estaba concebido para ser visible o, lo que viene a ser lo mismo, que cada una de las naves, por más que la diferencia de altura entre ellas fuera relativamente escasa, iba a recibir su propia cubierta, a doble vertiente la central, simple las extremas.

La fachada occidental, la principal de la iglesia, centra sin duda su atención, reforzada en su impacto por haber desaparecido, fruto de las reformas, la mayor parte de las de las abaciales cistercienses ubicadas en Galicia.

Un primer dato se impone al enfrentarse con la fachada de Armenteira: su sencillez, la ausencia de monumentalidad estructural, efecto nada extraño en una empresa perteneciente a la Orden bajo cuyas directrices se levantó el templo.

La fachada está dividida, con nitidez, en tres calles, la central de una anchura equivalente al doble de la de las laterales, por medio de cuatro robustos contrafuertes prismáticos, dobles, de resalte no muy acusado, situados dos en los extremos y otros dos, éstos con el remate escalonado muy marcado, en los puntos en que ejercen sus empujes los arcos formeros. Se reproduce en la conformación del hastial, pues, la ordenación con tres ámbitos que exhibe el cuerpo longitudinal del edificio, distribución usual en la época en que se levantó y muy en especial en construcciones de filiación cisterciense.

En la calle norte de la fachada, entre los contrafuertes, se abre una puerta con arco de medio punto doblado, los dos de sección prismática y volteados directamente sobre

las jambas, asimismo aristadas. En el interior de la puerta se dispone un tímpano semicircular, sostenido por mochetas en forma de proa, decorado con una cruz potenziada en relieve. Sobre la puerta se sitúa una ventana, estrecha, alargada y de doble derrame. Se cierra con arco de medio punto que reitera los rasgos de los emplazados en la puerta inferior.

La calle meridional de la fachada, oculta tras la construcción, en el siglo XVIII, de la actual fachada del monasterio, repite en esencia la misma organización que la del costado opuesto. Sólo cabe destacar en ella, por su disparidad, que el arco de la puerta es simple, no doble, y que el tímpano interior, apeado en mochetas de nacela lisa, se muestra sin ornato alguno.

En los extremos de la fachada, practicadas en el grueso de los muros, se hallan sendas escaleras de caracol. La del lado septentrional, a la que se accede por medio de una puerta adintelada ubicada en el último tramo de la nave inmediata, se conserva a la perfección. La del Sur perdió su parte alta como consecuencia de la construcción, en 1778, de la torre-campanario que hoy posee la iglesia. Se ingresa en ella desde el interior de la puerta abierta en ese costado del hastial. Las dos escaleras, en cualquier caso, siguen permitiendo comunicar, a través de un pasadizo practicado en el arranque de la bóveda, con la zona de los pies de la nave central, facilitando el acceso hasta el rosetón. Esta solución, conocida en construcciones de la Orden, cuenta con paralelos también en edificios gallegos coetáneos vinculados a la esfera del Maestro Mateo.

El tramo central del hastial que comentamos se divide, en alzado, en dos cuerpos separados por un tejazoz, decorado con ajedrezado, sostenido por canchillos con perfil de nacela lisa. En el cuerpo inferior, cuadrado, se abre la portada principal, desprovista de tímpano. Sus características básicas (marcado abocinamiento, multiplicidad de arquivoltas, abundante decoración y rica molduración) nada tienen que ver con la simplicidad que nos ofrecía el resto de la abacial.

La portada consta de seis arquivoltas de medio punto. Las enmarca una chambrana de la misma directriz. Las cinco arquivoltas interiores perfilan sus aristas en baquetón liso que provoca, en rosca e intradós, sendas escocias, las últimas también lisas, las otras, salvo la más interna, exornadas con ajedrezado, al presente muy erosionado ya. La arquivolta mayor difiere en todo de las restantes. Exhibe un simple baquetón ceñido por una serie de arquitos de herradura dispuestos en sentido radial, motivo utilizado con relativa frecuencia en empresas gallegas del entorno del año 1200 relacionadas con el Maestro Mateo, sus colaboradores y seguidores. La chambrana que ciñe al con-

junto se orna con una fina decoración de tacos, ubicándose en su arranque una estrella de ocho puntas inscrita en un cuadrado, motivo que se repite en una estrecha franja que se dispone entre la chambrana y la última arquivolta, y también en la mayor parte de los plintos de los soportes.

El arco interior del portal perfila sus aristas con baquetones lisos, situándose entre ellos una escocia decorada con grupos de cinco bolas, formando una suerte de flores, dispuestos de trecho en trecho. Repiten la misma organización (molduras y ornato) tanto las mochetas como las jambas.

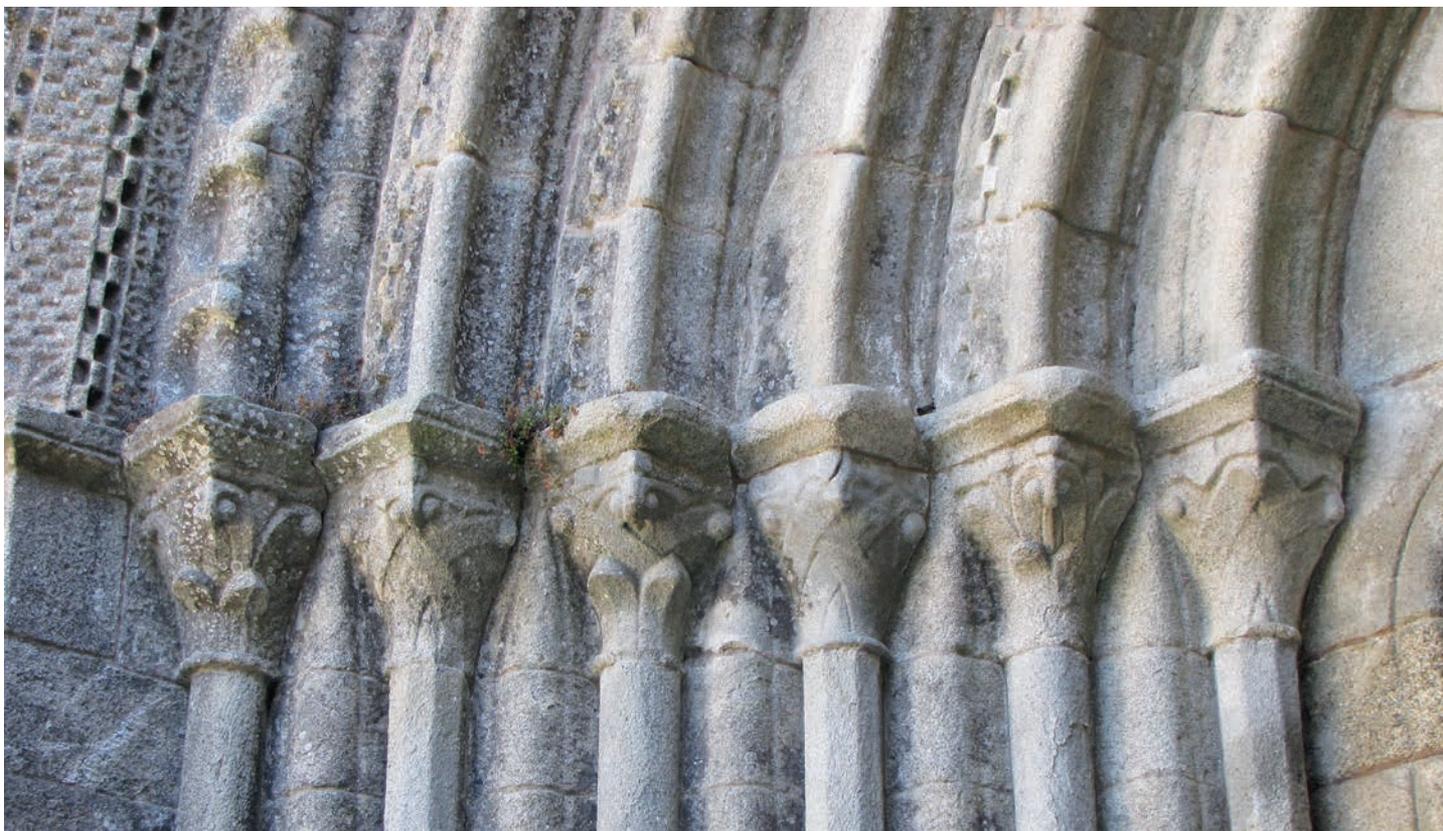
Las arquivoltas descansan todas sobre columnas acodilladas. Los fustes, monolíticos y lisos, presentan formas alternas: unos son poligonales (los impares, contando desde el interior); otros son cilíndricos (los pares según la misma secuencia). Los codillos, a su vez, no son aristados, sino redondeados, matados por boceles lisos que en su parcela inferior, para facilitar el enlace, exhiben *congés*.

Los capiteles, alguno con astrágalo sogueado, destacan por su canon alargado. Ofrecen todos, muy sencillos, ornato de carácter vegetal. Los coronan cimacios con perfil de nacela lisa que se prolongan en imposta por el frente del muro.

Las basas, de tipo ático, responden al modelo usual en las construcciones de la Orden del Císter. Poseen un ancho toro inferior y gruesas bolas en los ángulos. Se apoyan en plintos cúbicos decorados en su mayoría, en las dos caras visibles, con estrellas de ocho puntas. En el costado sur dos plintos, uno en las dos caras, otro sólo en una, sustituyen ese motivo por rosetas de seis pétalos inscritas en círculos. Bajo los plintos, culminando el zócalo en el que se asientan y sobre el que se alza toda la portada, corre una estrecha banda saliente que se prolonga también por el frente del tramo. La del lado norte está lisa. En la opuesta todavía se puede apreciar parte de una inscripción (ERA MCCL ... INCEPIT HISTUD PORTALE). Su lectura completa nos

Portada occidental





Capiteles de la portada occidental

Basas de la portada occidental



la ofreció en su Tumbo, en el siglo XVII (ca. 1642-1644), Fray Bernardo de Santa Cruz. El facsímil de su interpretación es el siguiente:

Aunque alguna de las palabras abreviadas del texto que el monje archivero nos ofrece no es fácil de interpretar, los datos esenciales del epígrafe son muy claros. Según él, la portada se empezó en el mes de marzo de la Era 1250, es decir, del año 1212, y de ese inicio se ocupó Petrus Froya, persona a la que consideré en su día, hipótesis que mantengo, como el responsable de la ejecución de la portada —y tal vez, por extensión obvia, de toda la fachada e incluso de la campaña de trabajos en que esta parcela se inserta— y que, con posterioridad, también ha sido valorada (R. YZQUIERDO PERRÍN) como el abad bajo cuyo mandato se llevó a cabo esa construcción. Aunque en parte de 1212, en efecto, estaba al frente del monasterio de Armenteira un abad de nombre Pedro (en el mismo año se documenta ya a su sucesor, Fernando), la inclusión del apellido y la ausencia de referencia a su estatus monástico (no veo posible interpretar como abreviación de *Abbas* los caracteres que en la lectura del Tumbo preceden a la de Petrus) hacen inviable, a mi manera de ver, esta segunda hipótesis.

Sea como fuere, conviene destacar que la portada de poniente de Armenteira, por su configuración (estructura compleja y abundante ornato, al margen de que éste no incluya, como es lógico en una empresa de filiación cisterciense, referentes figurativos), se acomoda a la perfección a las pautas que por los años en que nos movemos (tránsito de los siglos XII al XIII) eran habituales en tales emplazamientos en otras muchas áreas peninsulares (también foráneas), incluyéndose en esa misma tendencia asimismo las construcciones de la Orden a la que pertenecía nuestra Casa. Baste invocar como paralelo a este respecto, por su proximidad territorial, la portada occidental de la iglesia de Santa María de Meira, en la provincia de Lugo.

Sobre la portada, en la parte superior del tramo, se abre un espléndido rosetón. Es uno de los pocos ejemplos gallegos de su tiempo que conserva prácticamente intacta su tracería. La compone un núcleo circular al que se abren ocho pequeños lóbulos, muy cerrados, situándose alrededor del mismo una serie de círculos concéntricos decorados con motivos diversos (lóbulos, rosetas, una especie de tréboles, etc.), tallados con minuciosidad y simétricamente ordenados. La arista del círculo que define

el rosetón, así como la chambrana que lo ciñe, se decoran con los característicos tacos, muy similares a los reseñados en la zona externa de la portada ubicada en la parte inferior de la calle.

La fachada, como es habitual en las iglesias de la Orden del Císter, remata en un sencillo piñón, coronado, en su vértice, por una cruz similar a la que se halla sobre el cimborrio. Debe señalarse que, si bien en la actualidad las tres calles del hastial están englobadas por un único piñón definido por las vertientes del tejado, también único, que cubre las tres naves del templo, esta disposición no responde a su primitiva ordenación, sino que es producto de una restauración llevada a cabo en el transcurso de la segunda mitad del pasado siglo. En dibujos y fotografías antiguos, en efecto, puede apreciarse con claridad que la calle norte (la sur, como sabemos, la tapa la fachada del recinto comunitario) posee su propio remate inclinado, más bajo e independiente del correspondiente a la nave central. Aunque la diferencia de altura entre las dos zonas sea escasa, la individualización corrobora, con un nuevo y no menos contundente argumento, lo que ya se indicó sobre la modificación de las cubiertas de las naves.

La iglesia de Armenteira es una de las grandes construcciones de su tiempo en Galicia y también, en muchos aspectos, en el territorio peninsular en su conjunto. No es de grandes dimensiones. Su tamaño, que podríamos considerar mediano para la época en que se levanta, se comprende a partir de la entidad, también de carácter mediano, que poseyó el monasterio al que sirvió como referente cultural. La comunidad de Armenteira, a lo largo de su historia varias veces secular, no fue, en efecto, rica ni fue nunca, tampoco, muy numerosa, lo que explica a la perfección que las estancias en las que se desarrollaba su vida cotidiana, comandadas por el templo abacial, no destacasen por su envergadura. Frente a ello y quizás justamente por ello, la iglesia, testimonio arquetípico de la simplicidad que caracterizó a la edilicia de la Orden en sus tiempos de esplendor, ha llegado hasta nosotros casi intacta, prácticamente tal como la dejaron sus constructores en las primeras décadas del siglo XIII. Las alteraciones que sufrió su estructura inicial, pocas y de muy escasa entidad, no afectan para nada, en todo caso, a la esencia de su estructura y fundamentos.

La abacial de Armenteira, como se desprende de los datos ya reseñados, no plantea problemas de datación. Su comienzo, tal como señalan los dos epígrafes de la capilla mayor, se llevó a cabo el 16 de junio de 1167, siendo entonces abad de la Casa Ero, considerado habitualmente como su fundador, aunque tan vez sea más adecuado considerarlo como el primer superior documentado. Sus obras

se desarrollaron durante varias décadas, pues, aunque la información que sobre ese particular poseemos es prácticamente nula –tan sólo contamos con una referencia específica a ellas: la manda que otorga en su testamento del 30 de julio de 1199 Urraca Fernández, hija del Conde Fernando Pérez de Traba–, la inscripción ubicada en la portada principal, que fecha su arranque en 1212, permite afirmar que, hacia 1220-1225, las tareas de su edificación estarían, en sus aspectos esenciales, plenamente concluidas.

Mayores dificultades, sin duda, presenta delimitar la secuencia constructiva de la iglesia, pues, tal como se desprende de la descripción precedente, son evidentes en ella cambios, alteraciones estructurales, soluciones de continuidad que autorizan a señalar en su ejecución, al menos, dos campañas perfectamente diferenciadas por el distinto origen de las fórmulas que en cada una de ellas se utilizan.

En el análisis del templo, en efecto, se señalaron, tanto en el interior (nave principal y laterales) como en el exterior (contrafuertes), claras modificaciones estructurales. Las primeras variaciones se aprecian a partir del primer tramo de las naves: en la central es éste el único que posee ventanas en el arranque de la bóveda; en las que la flanquean, el fajón que señala el inicio del segundo tramo es simple o, mejor aún, su dobladura no es igual a las demás, correspondiéndole una responsión simple, no doble, como sucede en las restantes; finalmente, el contrafuerte ubicado en el punto que nos ocupa presenta un acusado escalonamiento en su parte superior, terminación que ya no encontramos en los siguientes.

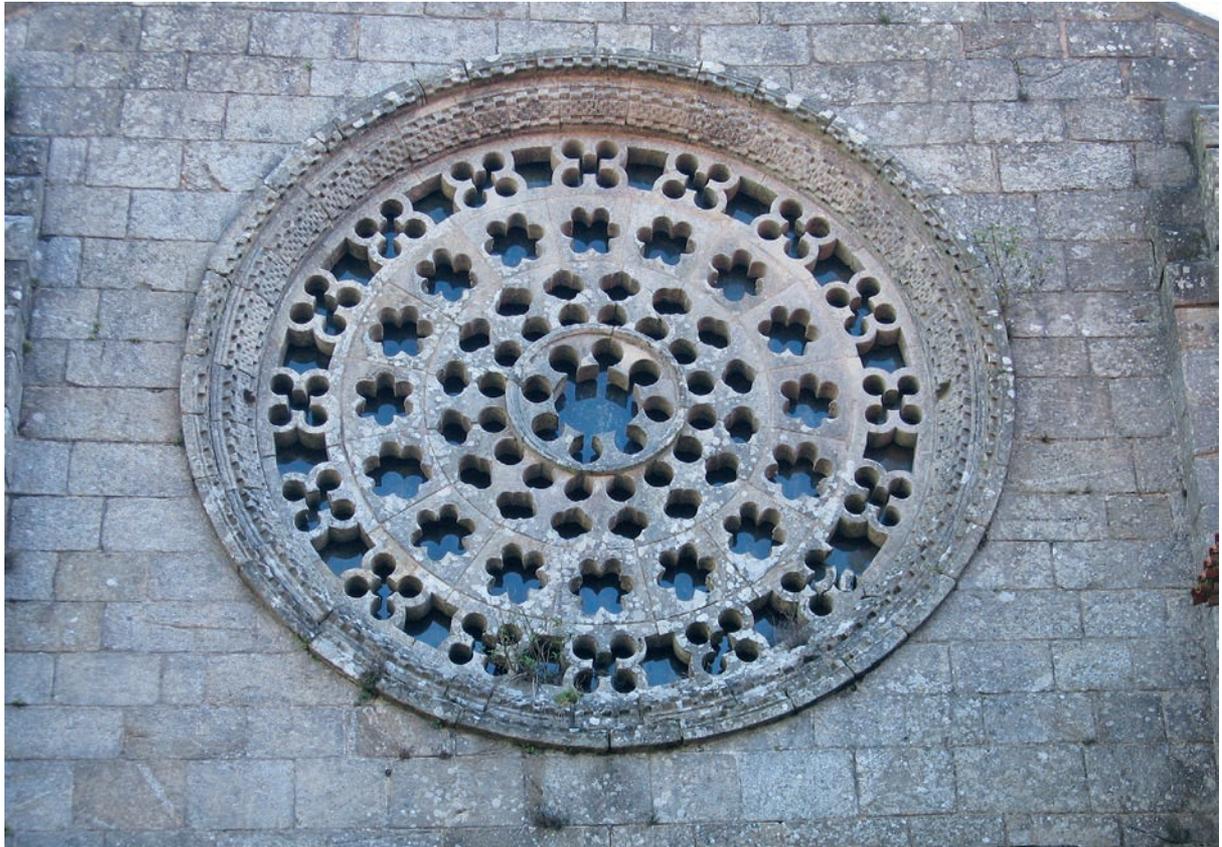
Todo lo indicado está a favor de la existencia de una primera campaña constructiva en el edificio. ¿Cabe pensar en una detención de los trabajos en ese punto, continuados tras un período de interrupción? Nada, en principio, se opone a ello. La paralización de las tareas constructivas en un lugar como el que comentamos, esto es, en los primeros tramos de las naves, instalando un cierre provisional, normalmente tras la conclusión de los que se consideraban necesarios para acomodar el coro de los monjes, no es, por otro lado, desconocida en empresas de la Orden y tal hecho viene en apoyo de que lo mismo, visto lo que la fábrica nos transmite, hubiera acontecido en la abacial de Armenteira. Si reparamos, además, en las dimensiones de la iglesia y en el tiempo que, a partir de lo que nos dicen los epígrafes, se empleó en su ejecución (más o menos sesenta años), la hipótesis se torna todavía más verosímil.

¿Quién continuó las obras de la iglesia tras la paralización? ¿El mismo equipo que las había iniciado? ¿Llegó un nuevo colectivo? El análisis estructural del edificio, reforzado por la información que nos transmite la distri-

bución de las marcas de cantero, idénticas las que aparecen antes y después de la zona de corte, permite pensar que el grupo iniciador de los trabajos fue también el responsable de su prosecución tras esa paralización, que debió de ser corta, procediendo entonces a un replanteamiento de su estructura. Sólo así, contando con la intervención del mismo equipo, no desmentida, como se dijo, por las particularidades físicas de las marcas de cantero presentes antes y después del corte, puede explicarse que a partir del segundo tramo vuelvan a emplearse, en las naves laterales, fajones doblados y responsiones dobles análogas a las utilizadas previamente en la zona de acceso a esas naves desde el crucero; que el tercer pilar compuesto de ambos lados presente exactamente la misma configuración que los dos anteriores y, fundamentalmente, que adquieran plena significación las modificaciones que se documentan en los últimos pilares y en el tramo final de las naves. En efecto, la ruptura que aquí se produce con lo anterior, dando entrada a fórmulas y elementos de filiación hispánica, mudéjar, es tan significativa que resulta imprescindible pensar en la llegada al monasterio de un nuevo equipo de constructores. Ellos serían, justamente, los que aportarían esas novedades, coincidiendo su incorporación a los trabajos con la aparición no tanto o no sólo de nuevas marcas de cantero cuanto sobre todo con su ejecución según técnicas distintas: mientras las utilizadas por el primer colectivo están grabadas con cincel, siendo el surco que las define de muy escasa profundidad, las empleadas por el segundo grupo, obtenidas mediante la utilización de un puntero grueso, presentan, además de una incisión considerablemente más profunda, remates embolados.

Comienza a ser visible la actividad de estos nuevos maestros en el último pilar compuesto de las naves, en el cual se rompen las pautas que se habían seguido en los tres anteriores. Por un lado, frente a las impostas lisas existentes, salvo en los machones que enmarcan el ábside central, en el resto de la iglesia, parte de las correspondientes a estos dos pilares, uno por lado, ofrecen motivos decorativos de carácter marcadamente geométrico. Por otro, es aquí también donde aparecen los primeros vestigios de una ménsula lobulada, fácilmente emparentable, por su abolengo hispánico, con el que explicitan tanto la fachada occidental –y, en particular, su portada– como la cúpula que cubre el tramo central del crucero.

A tenor de lo indicado, pues, cabe concluir que la intervención de este segundo equipo de artífices, que en algunas zonas llegó a compartir tareas con el precedente, responsable de su inicio (la simultaneidad de las marcas lo corrobora, por ejemplo, en el último formero del lado sur y en el segundo y tercero del norte), se ceñiría a la



Rosetón

conclusión de las naves de la iglesia, cuyo abovedamiento final también les incumbe, y a la construcción de prácticamente la totalidad de la fachada occidental (se exceptúa, vistas las marcas de cantero, la zona baja del costado sur, tanto por dentro como por fuera) y la cúpula que corona el tramo central del crucero. Si en la primera etapa se usaban estructuras y elementos de clara filiación borgoñona (la combinación de bóvedas de las naves, de cañón apuntado en la central y de arista en las laterales, es muy típica de esa región francesa, cuna de la Orden a la que pertenecía Armenteira —se utilizó ya en la abacial de Cluny III, empezada en el año 1088—, no siendo anómala, por ello, su presencia en nuestro templo), ahora se introducen además rasgos y elementos netamente hispánicos, en su mayor parte de abolengo mudéjar (repárese, en particular, en la cúpula del tramo medio del crucero). Este segundo grupo de constructores, muy posiblemente, como ya se indicó, estuviera dirigido por Petrus Froya, personaje cuyo nombre figura en la inscripción de la portada principal y del cual no sabemos nada más. ¿Fue un laico? ¿Fue un converso, pese a que en el epígrafe nada se dice al respecto? No tenemos, a día de hoy, respuesta para ninguna de las dos preguntas.

En el colectivo que comandó Petrus Froya, en todo caso, tuvo que haber artífices de progenie musulmana o,

como mínimo, buenos conocedores de sus propuestas, experimentados en sus tradiciones constructivas. La pureza de las soluciones mudéjarizantes que se emplearon en la campaña por él encabezada (la cúpula del crucero, sin precedentes conocidos en Galicia, es, de nuevo, el elemento clave de referencia) hacen esta hipótesis incuestionable.

La iglesia de Armenteira, comenzada con pautas foráneas, borgoñonas (recordemos, de nuevo, que el monasterio pertenecía a la filiación de Clairvaux, abadía ubicada en esa región francesa, de la que procederían tanto los planos como, a tenor de los hábitos del Instituto en cuestiones edificatorias, el responsable de su materialización, no sabemos si un monje o un converso), ajenas a las formulaciones del país (la cabecera, el esquema de cuya planta era ya conocido en Galicia cuando se inicia, nada tiene que ver en alzado con lo que por entonces aquí se construía, dato que confirma que sus trazas eran de procedencia "exótica", por más que las marcas documenten la intervención de canteros laicos, asalariados, tal vez incluso locales, en su ejecución), supo incorporar más tarde, sin romper con ello las pautas básicas de referencia de una empresa de la Orden (el ornato que aparece en la segunda campaña no tiene en ningún caso carácter figurativo: es vegetal o geométrico), elementos que, siendo de progenie más próxima, ne-

tamente hispánica, contribuyen a dotarla de una marcada personalidad en el panorama edificatorio de su tiempo: es, por un lado, el único monumento actualmente existente en Galicia en el cual el impacto de lo mudéjar se aprecia con claridad en lo constructivo, más allá, por tanto, de lo puramente ornamental, y, por otro lado, es la única empresa peninsular en la que se produce una simbiosis, una fusión perfecta de soluciones informadas por los principios ideológicos de las dos grandes corrientes de austeridad, la cisterciense y la almohade, surgidas alrededor del año 1100 en dos mundos contrapuestos, el cristiano y el islámico, y que desde mediados del siglo XII se dieron cita en tierras hispánicas. No es poco honor para un templo de sus dimensiones, emplazado en las proximidades del límite occidental del mundo por entonces conocido.

MONASTERIO

La incorporación de Armenteira a la Congregación de Castilla, culminada, como ya vimos, en 1536, supuso, al igual que para las demás casas que en ella se integraron, el inicio de un largo período de prosperidad que tuvo

como una de sus consecuencias más visibles la renovación prácticamente total de las viejas dependencias comunitarias, ubicadas en el flanco meridional de la iglesia abacial. De ellas, junto a restos dispersos de muy diverso alcance (véase más abajo), sólo conservamos una puerta, situada en el extremo oeste de la galería norte, la inmediata al templo, del claustro procesional. Exhibe, hacia este lado, un dintel pentagonal liso apoyado sobre mochetas con perfil de nacela que descansan directamente en las jambas. Por el otro frente presenta un arco de medio punto de sección prismática volteado, sin mediar separación alguna, sobre las jambas, también aristadas y sin ornato.

Por su ubicación, cabe pensar que ésta era la puerta utilizada por los conversos para acceder a la iglesia. Normalmente, estas puertas, conocidas como "de conversos", se sitúan en el último tramo, el más occidental, de la nave lateral colindante con las dependencias comunitarias. En Armenteira, sin embargo, no sucedía así, hallándose la puerta ubicada unos metros al oeste del hastial de poniente de la abacial. Los conversos, pues, penetrarían en ésta no directamente, sino por la puerta sur de la fachada principal, la más próxima a la zona del monasterio en que se



Cabecera

encontraban sus dependencias específicas, una solución sin duda poco frecuente, si bien cuenta con paralelos en otros conjuntos de la Orden.

La existencia de la puerta que comentamos permite suponer que hubo en Armenteira también un callejón de conversos. En este caso, el claustro actual, comenzado en una fecha avanzada del siglo XVI, no se ajustaría en sus dimensiones a las del precedente. Sería de mayor superficie, pues en su construcción se habría aprovechado parte de la zona ocupada por las dependencias destinadas a los conversos.

RESTOS DIVERSOS

En distintos puntos de la iglesia y del monasterio se conservan restos muy diversos (capiteles, fragmentos de fustes, basamentos, etc.) aparecidos en el curso de las tareas de desescombro y restauración llevadas a cabo en el complejo a partir de los años sesenta de la pasada centuria. Fechables, con la excepción de la citada lauda de estola, ésta de cronología imprecisa, altomedieval en todo caso, como ya se dijo, hacia los años de construcción del templo o algo después, responden todos, en lo esencial, a sus mismos planteamientos estilísticos.

No ha de olvidarse tampoco, finalmente, que en la iglesia se conservan, por un lado, un sepulcro del siglo XIV (perteneció a Roi Páez, hijo del almirante poeta Paio Gómez Charino, y fue reutilizado por Álvaro de Mendoza y Sotomayor en el mausoleo que levantó en la capilla mayor en el siglo XVII), una preciosa imagen del siglo XVI, Nuestra Señora de las Cabezas, y un interesante conjunto de estructuras arquitectónicas (baldaquino y retablos) y esculturas del siglo XVIII.

Texto: JCVP - Fotos: CAM - Planos: MGR

Bibliografía

- ALONSO RIVAS, M., 1958; ÁLVAREZ LIMESSES, G., 1936, pp. 444-446; ARGÁIZ, G. de, 1675, III, pp. 79 y 397-398; ARMENTARIA, E. de, 1974, p. 192; ARMENTEIRA, S. M^a de, 1974, pp. 192-193; AUBERT, M., 1947, I, p. 240; Balsa de la Vega, R., 1909; BANGO TORVISO, I. G., 1979, pp. 9, 17, 28, 34 y 52-53; BANGO TORVISO, I. G., 1987, pp. 202-203; BENITO RUANO, E., 1994, pp. 309-314; BOUZA-BREY, F., 1961, pp. 233-284; BRONSEVAL, C. de, 1970, I, pp. 300-301; CAAMAÑO MARTÍNEZ, J. M^a, 1962, pp. 7-8; CANIVEZ, J. M., 1933, I, p. 131; CARRO GARCÍA, J., 1953, p. 7; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1907, p. 7; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, s. a., pp. 913-914 y 966; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1972, pp. 33-34; CERVIÑO LAGO, J., 1999, pp. 207-220; COCHERIL, M., 1964, pp. 236 y 283; COLOMBÁS, G. M., 1990; CHAMOSO LAMAS, M., GONZÁLEZ, V. y REGAL, B., 1973, pp. 27-28; DUARTE, B., 1961, pp. 233-284; EYDOUX, H. P., 1954, p. 195; FERNÁNDEZ RAMOS, M., 1973; FILGUEIRA VALVERDE, J., 1925, pp. 4-5; FILGUEIRA VALVERDE, J., 1926a, pp. 10-12; FILGUEIRA VALVERDE, J., 1926b, pp. 9-11; FILGUEIRA VALVERDE, J., 1936, pp. 110-111; FONTOIRA SURÍS, R., 1996a, pp. 216-219; FONTOIRA SURÍS, R., 2010, I, pp. 296-299; FRANCO ESPINO, B., 2000; FRANCO ESPINO, B., 2001a, pp. 27-38; FRANCO ESPINO, B., 2001b, pp. 575-586; FRANCO ESPINO, B., 2002, pp. 147-156; FREIRE CAMANIEL, J., 1998, II, pp. 609-612; GARCÍA ÁLVAREZ, R., 1967, pp. 24-35; GONZÁLEZ DÁVILA, G., 1645, I, p. 10; GONZÁLEZ, J., 1943, pp. 361, 370, 387, 442 y 497; JANAUSCHEK, L., 1877, p. 146; LAMBERT, É., 1977, pp. 79-81; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1909, II, pp. 93, 108, 110, 117, 518, 538, 541 y 550; LÓPEZ FERREIRO, A., 1901, pp. 84-89; LÓPEZ OTERO, M., 1900, pp. 165-172; LOSADA, B., 1993; MANRIQUE, Á., 1642, II, pp. 366-368, 1659, IV, p. 626; MARTÍN, E., 1953, pp. 28 y 35; MILLÁN, I., 1951, pp. 187-188; MILLÁN, J., 1933; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1992, p. 297; MONUMENTOS ESPAÑOLES, 1932, II, p. 185; NOVÁS, J., 1942; ORDÓÑEZ, C., 2002; PALACIOS, A., 1926a, pp. 2-5; PALACIOS, A., 1926b, s. p.; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 2008, p. 183; PORTELA SILVA, E., 1981; ROMANÍ MARTÍNEZ, M. y OTERO PIÑEYRO MASEDA, P. S., 2004, pp. 239-262; S. A., 1880, p. 201; SÁ BRAVO, H. de, 1965; SÁ BRAVO, H. de, 1966, pp. 21-25; SÁ BRAVO, H. de, 1972a, II, pp. 199-211; SÁ BRAVO, H. de, 1972b; SÁ BRAVO, H. de, 1973; SÁ BRAVO, H. de, 1976; SÁ BRAVO, H. de, 1978, pp. 47-53; SÁ BRAVO, H. de, 1983, pp. 322-330; SÁNCHEZ BELDA, L., 1953, pp. 124, 133-134, 146-147, 159, 276, 290, 360-361, 418-419, 437, 438-439, 455, 514-516, 520 y 544-545; SANTA CRUZ, F. B. de, 1642-1644; TOBÍO CENDÓN, R., 2000, I, pp. 152-195; TORRES BALBÁS, L., 1924, pp. 123-125; TORRES BALBÁS, L., 1929, p. 123; TORRES BALBÁS, L., 1954; TORRES BALBÁS, L., 1956, pp. 377-396; TRILLO, E., 1876, pp. 372-373, 381-383 y 388-390; UN CURIOSO, 1894, p. 167; UNTERMANN, M., 2001, pp. 363 y 525; VALLE PÉREZ, J. C., 1977, pp. 133-234; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 243-272; VALLE PÉREZ, J. C., 1983, pp. 235-248; VALLE PÉREZ, J. C., s. a. (1987); VALLE PÉREZ, J. C., 1988, pp. 265-282; VALLE PÉREZ, J. C., 1989, pp. 129-140; VALLE PÉREZ, J. C., 1991, pp. 152-153 y 157-158; VALLE PÉREZ, J. C., 1994, p. 24; VALLE PÉREZ, J. C., 1998; VALLE PÉREZ, J. C., 1999, pp. 1.061-1.062; VALLE PÉREZ, J. C., 2005, pp. 38-39; VILLAAMIL Y CASTRO, J., 1904, pp. 66 y 232; YÁÑEZ NEIRA, D., 1976, pp. 279-303; YÁÑEZ NEIRA, D., 1980, pp. 149-245; YÁÑEZ NEIRA, D., 1993, pp. 13-21; YARZA LUACES, J., 1979, pp. 329 y 334; YEPES, A., 1621, VII; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1996, pp. 52-57.

